

ENTREVISTA A ROCÍO AGUSTINA BUSTOS FIERRO

Genzel, Agustina ^a

^a*Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba*

Una vez más, el flamenco genera espacios de encuentro, donde la expresión y la transmisión del arte van más allá de lo escénico, movilizándolo en las profundidades de nuestras identidades, deconstruyendo estructuras y construyendo un suelo donde las mujeres podemos pisar firme.

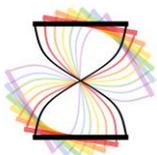
Rocío Agustina Bustos Fierro tiene 27 años, es oriunda de la provincia de Corrientes y de chica se mudó a Córdoba. Apostando y dedicando su vida al arte, Rocío se encontró con las danzas españolas, el clásico y el flamenco. Realizó el Profesorado de Danza en la Universidad Provincial de Córdoba Roberto Arlt y, en paralelo, exploró otros lenguajes: contemporáneo, jazz, floorwork, folklore. Trabajó en el sistema educativo, tanto a nivel primario como secundario en jornada extendida y hoy nos cuenta su experiencia.

—Desde muy chiquita, bailé. Cuando era pequeña y tenía entre 3 y 4 años, mi mamá me mandaba a iniciación a la danza, que es más o menos por donde arrancamos todas y, una vez en Córdoba, me mandó a danzas españolas junto con mi hermana.

Mi primer año, lo hice en la escuela de la Chavalilla, con Rocío Carbonell, que fue mi primera maestra de español. Al año siguiente, comencé en Soria Arch, que quedaba más cerquita de la casa donde vivíamos, y bueno, ahí hice español y clásico, la típica.

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. IV – Núm. 2B



Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)



Siempre muy atravesada por el arte, siempre fue la danza. En mi adolescencia, también hice tres años de teatro y de patín artístico; todo lo que me conecta con el arte siempre me llamó la atención. Con mi hermana, siempre íbamos juntitas a todas las actividades hasta que, en algún punto, cada una hizo su camino.

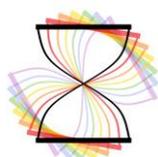
Ya con 17, 18 años, de *motu proprio*, dije: “quiero hacer flamenco”; y mi primer año lo hice en Soria Arch, con Silvia, seguía estudiando ahí. Después fui a ver un espectáculo de Vayaalboroto, una de sus obras o “tablao”, donde bailó Carmen Ledesma, una bailaora de Sevilla y ahí dije: “quiero esto”. La conexión fue Charo Fernández, en el 2016, y entré al alboroto. Conocí a mis maestras Montse González Morales y Carlota Pizarro y ahí descubrí el flamenco.

¿Cómo definirías lo que es el arte para vos? ¿Qué es la danza? ¿Qué es subirse a un escenario?

—Es el momento en que me siento más real, es el momento en el cual siento que no puedo tener ninguna careta; es lo que soy, es lo que me mueve, es lo que me ayuda a tener otra perspectiva de cualquier situación que esté atravesando. Poder escuchar música y que esa música acompañe ese estado de ánimo que estoy atravesando, o que lo potencie, o que lo lleve hacia otro lugar. Eso me pasa con la danza -en general- y el flamenco -particularmente- me atraviesa de una manera para la cual no encuentro explicación.

¿Qué del flamenco se expresa hoy en tu vida diaria? Más allá de los ensayos.

—Te voy a contar una anécdota. Mi familia es testigo de que cualquier cosita que yo haga en mi casa, desde ponerme a lavar los vasos hasta colgar la ropa, me lleva más tiempo. Empiezo (hace palmas a compás), o empiezo a zapatear o hago una patadita, entonces algo que me puede llevar 5 minutos, termina llevándome media hora. Ahora, por ejemplo, estoy laburando con mi papá en la empresa familiar y cada tanto él se va y me deja haciendo distintas cosas. Y bueno, por ahí me tomo unos recreitos, pongo música y ya me llama mi papá y me dice: “hija, veo cómo estás trabajando, acabo de entrar y te vi por la cámara que estás zapateando”.



¿Nos podrías contar qué es hacer una patadita?

—Es ese momento de improvisación; como todo tiene una estructura que te permite entrar, realizar la magia, el arte, la gracia y, después, retirarte: hay que saber entrar y saber salir.

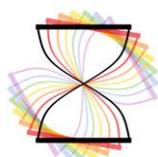
Una maestra, la voy a nombrar porque la amo con todo mi corazón, Montse, supo decirme que es como tener una valijita donde uno va metiendo diferentes elementos, ¿qué son esos elementos? Cosas que voy montando dentro del baile, llamadas, remates, cierres, y después esos recursos, en el momento de bailar con música en vivo y ponerse a jugar con el cante y la guitarra, van surgiendo.

Este año, me di cuenta de que para mí lo fundamental es el compañerismo, saber que estamos todos, todas, todes en la misma. Que no hay nadie más o menos importante, el trabajo de todes es parejo y es necesario, mi baile no sucede sin el cante de mi compañera, sin el toque de mi compañero, sin las palmas de mis compañeros. Es una red que se crea, yo puedo salir a bailar tranquila porque sé que están ellos sosteniéndome, estamos todes atentos a resolver y que sea algo que podamos disfrutar realmente.

¿Qué pasó este año a diferencia de los otros?

—En lo personal, creo que fue un año de vencer miedos míos, propios, personales. De decir: “tengo ganas y sé que puedo, sé que es posible, ¿por qué no luchar por un sueño que tengo?”. Considero que el sol sale para todas, todos y todes, esa es mi bandera y, partiendo de eso: ¿por qué no me voy a animar?

El año pasado, me llama Mariano el Gitano, conocido en el ambiente, y me comenta que tiene ganas de empezar a llamarme para bailar con él porque justo Agus Japaz, que es su bailaora mano derecha, estaba por tener a su bebé y no iba a contar con la misma disponibilidad que venía teniendo. Pasaron los meses y la llamada no llegaba. Me dije: “voy a agarrar el toro por las astas y voy a armar una fecha”; pero, como una no hace las cosas sola, me aferré a quienes apoyaron esto y, así, empezó esto nuevo. Si quiero algo, tengo que buscarlo, generarlo y, a partir de eso, se empiezan a abrir puertas. A la semana, me llamó Mariano. Solo tengo palabras de gratitud.



Estoy rodeada de compañeras talentosísimas y me agarró esa cosita de pensar “quiero que baile gente que no está bailando” y se armaron un par de ciclos de tablaos donde el *staff* fue rotando siempre, nunca bailaron las mismas personas. Para mí fue un orgullo y una alegría, estos espacios se abrieron y son nuestros, no siento que sean mis tablaos, son los tablaos de quien quiera participar, estar y bailar, son de todos y de quien quiera ser parte.

La gratitud y la honra abren puertas, hay que saber honrar a aquellas personas que nos inspiran, que nos enseñan. Yo no inventé la pólvora, estoy haciendo algo que se viene haciendo hace rato y, para que esto suceda, alguien ya abrió el camino, ya hizo un camino y hay que saber honrarlo. Entonces, mi tarea es tomar todas estas oportunidades y seguirlas ampliando hacia otras personas.

Me gustaría cerrar esta entrevista preguntándote qué pensás sobre la mujer en el flamenco. Por lo general, lo primero que uno piensa cuando escucha flamenco es “castañuelas, abanico, flores, rojo y lunares” ...

—El flamenco nos hace sentir empoderadas. Históricamente, en nuestro país, el zapateo estuvo vinculado a los hombres y era como una cosa de “demostrar que soy el macho” y creo que el flamenco nos pone en otra posición a las mujeres, de cara a otras cuestiones. No somos damiselas en apuros, no necesitamos que vengan a rescatarnos. Yo también tengo fuerza, presencia, empuje y ocupo mi lugar.

Si el “no” ya lo tenemos, vamos por el sí. Si un sueño es noble, si una tiene buenas intenciones para con una misma y para con el resto de la humanidad, no tendría por qué salir mal, hay que ser valientes.

